



Carmina Moreno Arenas

Maria Zambrano,

intérprete del origen de la consciencia en
La Tumba de Antígona

La *Tumba de Antígona* de María Zambrano es una tragedia en la que, tomando como base la obra *Antígona* de Sófocles, la filósofa malagueña recrea el final de la pieza y la modifica, de manera que sustituye el suicidio de la protagonista por un diálogo interior en el que van apareciendo los “personajes” más significativos del drama, y a través de ellos, el pensamiento reúne lo que estaba disperso y lo vivifica, para presentarlo como ofrenda y anticipo de conciencia.

Pero ¿quién es en realidad Antígona? Según la mitología griega era hija de Edipo a quien ayudó cuando éste, al conocer sus crímenes, se dañó la vista, y pasó el resto de sus días ciego y mendigando el pan por los caminos. Cuando murió su padre, Antígona volvió a Tebas donde vivió con su hermana Ismene, pero allí le aguardaría otra prueba relacionada con sus hermanos Polinices y Eteocles, que luchaban en una guerra fratricida por el poder de la ciudad. Ambos murieron en esta guerra civil pero sólo Polinices podía ser enterrado y no Eteocles, al haber pactado éste durante la contienda con tropas extranjeras para luchar contra su pueblo. Entonces, Antígona, desobedeciendo las normas, cogió un puñado de polvo y lo vertió sobre el cuerpo de su hermano, que era el ritual con el que se daba sepultura religiosa a los muertos, y por esta razón fue condenada a muerte y encerrada viva en una tumba, en la de los Labdácidas, que eran sus antepasados. Al fin, cuenta la leyenda que no pudiendo soportar el sufrimiento infringido, la doncella se quitó la vida.

María Zambrano, sin embargo, no está conforme con el final de la obra de Sófocles, que se inventa la trama apoyándose en la mitología, porque, al estudiar al personaje mitológico, se da cuenta de que es una mujer tan generosa y desprendida que “no había dispuesto nunca de su vida y que ni siquiera tuvo tiempo de reparar en sí misma”; de manera que no podemos pensar en un suicidio sino en la *anagnórisis*, entendida como transformación o situación que conduce a metamorfosear las cosas y permite, mediante la asimilación, una reconciliación con uno mismo.

En *La Tumba de Antígona* la autora ha elegido ese momento preciso en el que el ser humano se emancipa y lo hace a través del pensamiento, coincidiendo este hecho con el nacimiento de la filosofía en la antigua Grecia y con el consiguiente abandono de los dioses, que ya no asisten a los humanos, por haber cumplido estos su mayoría de edad. Antígona, por lo tanto, se presenta en soledad y resuelve sin la ayuda de los dioses, anticipándose no a la consciencia —porque todavía es pronto—, sino a la mediación. La soledad es su principal aliada y gracias a ella consigue escuchar las razones de su corazón y, como consecuencia, se determina por la *piedad* y por “hacer del propio ser una ofrenda, eso que es tan difícil de nombrar hoy: un sacrificio; el sacrificio único y verdadero... que es la suprema sabiduría del hombre”. Y esa ofrenda la convierte no sólo en heroína sino en alguien capaz de intervenir en el destino propio y ajeno porque, como se sabe, todo sacrificio lleva aparejado un *pacto* y toda decisión individual afecta a toda la humanidad. Debido pues a esta circunstancia, la autora nos presenta, de un lado, a la persona que ha sido condenada al desobedecer la ley de la ciudad, una ley injusta, y, de otro, a una criatura que espera silenciosa y expectante a que se cumpla su destino.

Pero ¿cómo es esa espera para Antígona? y ¿qué significa la Tumba que la acoge? La espera de Antígona es al diálogo y a la *confesión*, un recurso que viene a ser un modo de pensar hacia el interior para encontrarse con la propia historia, un género al que Zambrano volvió como en su día lo hicieron San Agustín en la Edad Media, Descartes en la Edad Moderna y Rousseau en la Ilustración en su afán por revivir al hombre nuevo. La Tumba representa la interioridad del ser humano y dentro de ella María recrea una serie de elementos, de “sombras”. Estos elementos son los “personajes” que van apareciendo en la obra como si se tratase de una “vida” en la que hay que entrar para rememorar su vivir y que procura “caminar a tientas” para ir dándose cuenta de aquello que se va convirtiendo en luz, en “claros del bosque” y que todavía no es consciencia aunque va camino de serlo porque no huye de la realidad, de los inferos de la vida vivida y no vivida, sino que está abierta a la verdad y se adhiere a ella. Estos personajes que van apareciendo en la obra y que dialogan a su vez con la protagonista, por orden de aparición, son los siguientes:

Antígona, que dice conocer su condena y su drama: a vivir como alma en pena, “entre la vida y la muerte”.

La noche, el lado oscuro, la profundidad, el lugar donde se encuentra con las distintas sombras que van a conducirla a lugares recónditos pero necesarios para seguir avanzando por la senda de su vida.

Sueño de la hermana, un elemento literario creado para recibir las confidencias de una protagonista que se va acercando a su destino, a su “secreto”, para aceptarlo con valentía, y en el que surge un deseo de confundirse con otra diosa mitológica, con Perséfone, para preguntar por el milagro de la primavera; otra fórmula que remite de nuevo al pacto a través del sacrificio.



Edipo, su padre, abandonado de los dioses como ella, pero más indefenso, más solo. Ella le pregunta por su "nombre" y él no le puede contestar pero sí le revela que se encuentra en "el lugar donde se nace del todo"; una referencia a la esperanza.

Ana -la nodriza, un ser angelical y una mediadora como ella, que le trae nuevas sobre la trascendencia de los actos del hombre en la historia de la humanidad y sobre el saber, instándole a que no se olvide de ir a la fuente "de vida"; una indicación bíblica de inspiración.

La sombra de la madre, recurso asimilable a un soliloquio metafísico en el que la figura de la Madre es símbolo de Tierra pero también de una comunión que se anhela para incardinar la dualidad de su protagonismo y aparecer como madre e hija a su vez.

La harpía, una interpretación de los contrarios de toda verdad o de lo avieso, lo torcido, lo otro menos bueno que también llevamos dentro. Asimismo es, en palabras de Antígona, «la Diosa de las Razones disfrazada, la araña del cerebro, la tejedora de razones, la que nunca sabrá la verdad, la verdad viva que es profecía»; pero también es la que consigue con sus argucias que la doncella descubra su humano destino trazado por el amor y la piedad.

Los hermanos, sujetos provistos de la humana pasión por el poder, como un fuego inextinguible que quema y destruye. Esta actitud belicosa se acerca también a la respuesta antiquísima de la guerra que no sabe cómo solucionar las cosas sin el cuerpo a cuerpo, sin ira, sin odio, sin rencor y, en definitiva, sin el abrazo de la comprensión que nos anuda y nos convierte en hermanos.

Hamón, según la mitología y la obra de Sófocles era el novio de Antígona y, al enterarse de la muerte de ésta, se suicida a la puerta de su tumba; aquí sólo hay otra sombra que conversa con los hermanos de Antígona y aparece revestida de amor fraternal convocando al género humano como una antorcha tenue pero reveladora.

Creón, el nuevo rey de Tebas que ocupa el poder de la ciudad tras la muerte de los hermanos y del tío de éstos, y viene a ser quien impone el orden y la norma en la ciudad, con leyes no precisamente naturales sino pragmáticas y de conveniencia.

Los desconocidos, todos los que nos acercamos a través de la historia a la tragedia de Antígona, para escuchar su agonía e intentar comprender su mensaje. Los dos personajes quieren rescatarla, uno para la vida y otro para el amor que va unido a la muerte, quizás porque el amor se acerca a lo que la muerte ya ha alcanzado.

Al fin, cada uno de estos personajes parece entrar y salir de su alma, desvelando algún misterio. Cada uno de ellos se lleva consigo un velo y descubre una nueva capa más profunda que la anterior. Y así, entre capa y capa va apareciendo ese anhelado "centro" que es *el pacto* del que hablábamos al inicio. El "centro" dice María Zambrano que "es el punto no asimilable a nada, a ninguna cosa ni suceso, libre del tiempo del que la vida parece tener indeclinable necesidad, centro que con su íntima, indisoluble unidad, liberta al corazón". El "centro" nace de la interioridad de la persona, que es un proceso y una tensión dinámica que nos trasciende y que se revela como orden interno y conciencia.

La relectura de la obra *Antígona* de Sófocles nos ha traído las versiones de distintos intelectuales a lo largo del tiempo, como las de Hölderlin y Victor Hugo, que inciden en el conflicto del individuo con respecto a las leyes civiles para que no se pierda de vista lo que hay de auténtico; la de Camus, que plasma sus teorías existencialistas, o la de Anouilh en la que lo moderno y lo mítico convergen entrelazándose. La diferencia de ellas con respecto a la que ofrece María Zambrano está en que, además de ponernos en contacto con nuestra propia realidad personal y social, nos acerca a los clásicos y a la historia de los tiempos, portando un legado espiritual que solamente puede venir de la conciencia y de sus grandes acompañantes que son: el sacrificio y la anagnórisis. Un legado que al ser humanista está plenamente vigente y clama, como Antígona desde su tumba, por el derecho a ser rescatado. ■

